

EL CONCEPTO DE NATURALEZA*

Michel SERRES

Cuando pregunté por la edad de un lagarto gigante a un vigilante de la sala de esqueletos en un Museo de Historia Natural el pasado diciembre, me respondió: “Ciento veinte millones de años y once meses. —“Pero”, repuse yo, “¿cómo calculó una fecha tan precisa? —Fácil, respondió: el museo me contrató a mediados del invierno pasado; en ese momento, la base decía ciento veinte millones de años. Haga la cuenta: es exacta.”

No se rían, pues así solemos hablar a menudo cuando anulamos de las humanidades y de las ciencias esta inmensa espesura de silencio. ¿Datamos nuestras culturas de seis a nueve millones de años o de unos cuantos milenios? ¿Cómo sumergir la historia en la duración humana, a ésta en la de los seres vivientes y el tiempo de la vida en el de las cosas y del universo?

Mil disciplinas, un solo descubrimiento: la cronometría

Las novedades que las ciencias exactas inventaron a lo largo del siglo xx proliferaron tanto y en tan abundantes dominios que nos perdemos por sus ramas (*buissonnement*). Pero un singular y reciente descubrimiento reúne los numerosos esfuerzos del conjunto de todas las disciplinas: cada una de ellas, en efecto, después del perfeccionamiento de los procedimientos de datación, tales como los concernientes a la edad de los objetos tratados por ellas, reunió por completo y en un proyecto común la vieja enciclopedia. ¿Qué inventaron, pues, las ciencias exactas durante el siglo pasado? Dataron el universo y los átomos, la Tierra y la vida, las especies, el ser humano y sus microbios; en fin, las cosas en general. En una época donde la voz común celebra la

* Traducción al español de la conferencia “Le concept de nature” dictada el 17 de diciembre del 2002 en la Tribuna de la Academia Nacional de Medicina y publicada el mismo año en el Bulletin de l’Académie Nationale de Médecine, 186(9), 1683-1688. [https://doi.org/10.1016/S0001-4079\(19\)34115-9](https://doi.org/10.1016/S0001-4079(19)34115-9).



complejidad de los resultados y las perspectivas perspicaces, se levanta, por el contrario, una visión de conjunto lograda por un cálculo común. Una cronopedia reemplaza entonces la vieja enciclopedia y señala así el Gran Relato temporal, que, instalado unitariamente desde hace algunas décadas por los relojes, atraviesa con su tronco principal la cuenca de las ciencias, sus desbordamientos, derivaciones y turbulencias. La ciencia contemporánea vuelve a colocar al antiguo Cronos en su trono original. Si se contemplara así la nueva *arborescencia*, ¿quién se resistiría a la tentación de retomar el antiguo gesto de clasificar las disciplinas, ahora con base en la edad de sus objetos?

La vieja pregunta de la filosofía, “¿de dónde venimos?”, es hoy contestada con un tema único, diversificado por las disciplinas en movimiento cuyo saber se recubrió recientemente de memoria, de un Gran Relato.

Descenso y ascenso en el Relato

¿Qué relato? Este: desde que el Big Bang se puso a fabricar los primeros átomos, de los cuales la materia de las cosas inertes y la de nuestra propia carne, se compone; desde que se enfriaron los planetas y nuestra Tierra se volvió un depósito de materias, más pesadas todavía, que forman nuestros tejidos y huesos; desde que una extraña molécula de ácido empezó, hace cuatro mil millones de años, a replicarse tal como era, y después, mutando, comenzó a transformarse; desde que los primeros seres vivientes empezaron a colonizar la faz de la tierra, evolucionando constantemente, dejando tras de sí más especies fósiles de las que llegaremos a conocer jamás en la actualidad; desde que una joven, conocida como Lucy, comenzó a levantarse en la sabana de África del Este, augurando, sin saberlo, los viajes impactantes de la cercana humanidad en la totalidad de los continentes aparecidos, en culturas y lenguas contingentes y divergentes; desde que algunas tribus de América del Sur y de Oriente Próximo inventaron el cultivo de maíz o de trigo, sin olvidar al digno patriarca que plantó la vid o al héroe indio que fabricó la cerveza, domesticando así, por primera vez, seres vivientes tan minúsculos como una levadura; desde que la escritura balbuceó y ciertas tribus comenzaron a cantar en lenguas griegas o itálicas... así, el tronco común del relato más grande empezó a crecer, en efecto, para dar un espesor crónico sorprendente, real y común a un humanismo digno, finalmente, de ese nombre, ya que pueden participar

de él todas las lenguas y culturas a las que dio origen, tronco único y universal escrito en la lengua enciclopédica de todas las ciencias y traducible en cada lengua vernácula, sin particularismo ni imperialismo, como en la mañana del Pentecostés.

La totalidad en ramos de los Grandes Relatos

Sin embargo, tendríamos de este relato una concepción estrecha e incluso falsa si lo pensáramos de manera lineal y solamente dirigido hacia nosotros, como si gozáramos del rol de propósito y fin de todo —mejor regresar a la finalidad o al antropocentrismo en ese caso—, cuando en realidad explota y se bifurca de mil maneras contingentes como un florecimiento prodigioso, que si bien desemboca hoy en nuestro presente, también conduce a tantas existencias diferentes como galaxias, agujeros negros o polvo de estrellas hay en el espacio; seres vivientes en selvas tropicales y océanos; hombres y mujeres, culturas y lenguas en este planeta; gladiolos, abejas que zumban, jóvenes encantadoras; todos ellos, nuestros contemporáneos en el universo.

Fácil, el descenso —*facilis descensus Averni...*— solo sigue un camino, pues cada bifurcación lleva a una rama o a un tronco común. Pero el ascenso, tan difícil como el de Eurídice, encuentra tantas bifurcaciones como en un laberinto, le cuesta mucho reconocerse y tener que escoger su camino de entre todas las rutas del ramo explosivo que se expande y se multiplica. Esta diferencia importante entre el descenso único y los ascensos posibles e innumerables se explica por el aspecto caótico del proceso, el cual, imprevisible al avanzar, se vuelve determinista si se gira la cabeza. Como todos los relatos, éste, el más grande de todos, despliega el tiempo contingente del caos.

¿A qué se le llamaba naturaleza?

Las múltiples bifurcaciones de este enorme ramo renuevan nuestros conceptos. Por motivos de peso, ya habíamos abandonado el término de naturaleza. Hay que, según algunos, respetarla o no violarla, como si se tratara de una virgen: prosopopeya o alegoría, estatua que, al estilo de Flora o Pomona, adorna los caminos de los jardines, ¿cómo conservar sin reír este viejo oropel de los mitos y politeísmos? Mejor es creer que los silenos

y dríades abundan en los matorrales y que Júpiter resuena con el relámpago; mejor es restaurar el paganismo, del cual diré pronto cómo actualmente regresa entre nosotros.

Ahora bien, desde que desapareció, sin duda después del Renacimiento, esta naturaleza personificada adquirió el estatus de entidad. Al pasar de la deidad al concepto –igual de criticable que la otra noción–, la naturaleza empezó a significar el conjunto de las propiedades esenciales de un ser o de una cosa. Al definir así la naturaleza, la metafísica pretendía conocer su realidad incluso antes de analizar sus propiedades. Peor aún, esta naturaleza exagerada se volvió el conjunto de los existentes; el mundo o el universo, su equilibrio general, fueron identificados nuevamente antes de cualquier examen. Al reír de estas imágenes, fantasmas, abstracciones o generalidades, el siglo xx abandonó prudentemente el uso de este término.

La recién nacida

Pero habíamos olvidado lo que significa el participio futuro *naturus*, *natura* en femenino, del verbo latín *nascor*, que es su raíz: lo que va a nacer, lo que está naciendo o por nacer, el proceso mismo del nacimiento, de la emergencia o de la novedad. Naturaleza: la recién nacida.

Repitamos el Gran Relato. Miles y miles de bifurcaciones se expanden, imprevisibles, a lo largo de su camino contingente. En la proximidad de cada una surgió una aparición increíble, incluso a veces improbable: el Big-Bang mismo, si existió, la cocción de elementos materiales en el horno de las galaxias, estrellas, cientos de objetos del universo astrofísico; los innumerables acontecimientos que condiciona el enfriamiento de tal planeta; el advenimiento del agua en la Tierra, las rupturas ocasionadas por las placas tectónicas, el volcanismo; la concatenación de una [molécula de] ARN, el auge del periodo cámbrico, la erradicación casi periódica de especies, el torrente desordenado de las mutaciones; los primeros paseos bípedos; el fuego, la salida de África, la navegación, el trigo, el buey, el asno, la manzana y el vino, la invención del amor cortés de los trovadores occitanos... Desde luego, recojo aquellas direcciones nuevas que me conciernen un poco, pero otros mil recolectores escogerían de otro modo.

Por consiguiente, ¿a qué llamar naturaleza sino a una integral definida de las bifurcaciones en cuestión? Un conjunto, una suma, éste o aquél, de nacimientos. Así

pues, incluso se vuelve fácil definir y hasta rastrear la naturaleza humana como la suma de las encrucijadas que, en el Gran Relato, condujeron a la formación del [*Homo sapiens sapiens*]. En cuanto a ella, la naturaleza se definiría como la integral indefinida de todas las bifurcaciones conocidas y por venir en el ramo explosivo del Gran Relato.

¿De dónde venimos? De este ramo, de este Gran Relato, de un subconjunto de sus ramas, de una serie finita de sus surgimientos contingentes. ¿Quiénes somos? El resultado temporal de este subconjunto. Es de esta manera que una filosofía de la naturaleza aborda la naturaleza, la vida y al ser humano, tres conceptos anteriormente sin definición. Esta filosofía habla de ellos sin ideología, sin tabú ni sacralización a condición de que los defina de acuerdo con las líneas del Gran Relato.

El fantasma religioso

Al mismo tiempo, las inquietudes difundidas actualmente en torno a, por ejemplo, la química o las biotecnologías, cargan las viejas figuras abandonadas de la ‘naturaleza’, la ‘vida’ y el ‘hombre’, las cuales están tan indefinidas como sacralizadas debido a que los miedos se encuentran. No modifiquemos al ‘hombre’, dicen, ni violemos la ‘vida’ o la naturaleza, cuyos mitos resurgen hoy como espectros. No obstante, las ciencias se burlan de los espectros y transgreden felizmente los tabúes y lo sagrado. Si bien esta nueva desconfianza hacia las ciencias proviene de excesos internos, escándalos económicos y financieros que les incumben de lejos o incluso de cerca, su origen, difícil de descubrir, es principalmente otro y al cual llamo gustosamente el desplazamiento contemporáneo de lo religioso.

De manera casi automática, el colectivo crea dioses, tal como decía Bergson. La antropología nos enseña que las religiones arcaicas y politeístas los inventaron y moldearon en el pasado mediante la violencia y el sacrificio, particularmente el humano. El mecanismo de la apoteosis, por ejemplo, consiste en deificar un emperador muerto: los dioses nacen de los cadáveres y de los asesinatos. Las religiones modernas monoteístas se distinguen de las anteriores por su recomendación de detener los sacrificios humanos.

No obstante, las masacres de ese estilo dominan nuestra sociedad, la cual representa, a toda hora del día y ante millones de telespectadores, asesinatos y cadáveres. Decimos que los medios representan la violencia; no es así, pues esta es lo esencial de la imagen y del mensaje mediáticos. Sin la flama del terror y la piedad, no atraerían

a nadie. Estos espectáculos retoman con una precisión asombrosa los ritos de las religiones arcaicas con mayor facilidad debido a que las religiones modernas retroceden y pierden público por condenar esos sacrificios. Claramente estas religiones, en particular el cristianismo, promovieron y generalizaron la mediación; pero cuando nuestras sociedades civiles inventaron en su momento instituciones eficaces en esta mediación, los medios se apoderaron de lo religioso y retrocedieron hacia el arcaísmo sacrificial. Es por esa razón que nuestras sociedades, convertidas al pie de la letra por esta violencia en la antigua productora de dioses, de mitos y de tabúes, arremeten contra todo lo que destruye las estatuas que esculpen.

Lo santo y lo sagrado

¿Somos conscientes de que vivimos en una época politeísta, que un terror sagrado, similar al de las religiones arcaicas, se apodera de los colectivos —si bien adelantados en ciencias, técnicas y razón, también de vuelta en épocas tan anteriores—? Antes y hasta hace poco, la religión dominante monoteísta se unía a las batallas anticencia porque había conservado algunos atavíos de la violencia sacrificial, difundida ahora en una sociedad en la que los medios, que juegan el rol de mediadores otrora asignado a las iglesias, crean estatuas y tabúes civiles.

Al estar desplazado, lo religioso ya no se encuentra en los lugares esperados, tampoco en las confesiones ni en los templos, sino que, brotando de los medios, inunda la sociedad civil, que es presa todos los días de la violencia y del asesinato (del humano en particular). Esta versión de lo religioso, que es reaccionaria, regresiva, pagana y politeísta, productora de dioses pequeños que también hace regresar los tabúes, reinventa una naturaleza similar a la de las viejas estatuas de Flora y Pomona. Entonces las adoramos.

Así es, lo religioso cambia de rostro: los grandes sacerdotes realizan sus ritos en el trabajo, ante el cual nos inclinamos varias veces al día para recibir sobre la cabeza, bañada en pixeles, nuestra unción cotidiana de violencia y de lo sacro. Rebosante de cadáveres, la sociedad clama angustiada la protección de sus nuevos dioses, viejos conceptos que nadie define ni domina: naturaleza, vida y hombre, estatuas, fantasmas y espectros refabricados, los mismos que la ciencia transgredió cuando observó los astros anteriormente

divinos, cuando disecó los cadáveres en otro tiempo intocables, cuando estudió nuestros sexos y cerebros otrora prohibidos. La ciencia siempre transgrede los tabúes.

La forma arcaica de lo religioso regresa en lo civil. Aprendamos a reconocer como sacerdotes que han cambiado de disfraz a aquellos que veneramos y que tienen siempre la razón por detentar los símbolos y formular, solos, las preguntas. Al mismo tiempo, la forma moderna de lo religioso, ahora minoritaria, perseguida y apartada de la sociedad, enseña a distinguir entre la santidad sin violencia y lo sagrado, que conserva y fija la violencia y talla estatuas con ella. Actualmente capaz, como antes, de criticar la sociedad del espectáculo mortal y los tabúes que engendra, esta versión moderna de lo religioso se encuentra, sin saberlo aún, con las ciencias y la razón.

Me arrodillo humildemente ante la santidad, pero entro a caballo en los templos oscuros y arcaicos de lo sacro para derribar sus ídolos: a caballo y osadamente, es decir, con ciencia. Con ella, sus métodos, sus resultados, y siguiendo su Gran Relato, defino entonces, sin terror ni tabú, la naturaleza y, en otra parte, la vida y el ser humano.

TRADUCCIÓN:

Daniel Salvador Alvarado Grecco

Juan Felipe Guevara Aristizabal